

Capital y derechos de la naturaleza en México y Nuestra América:

esencia, complejidad
y dialéctica en el siglo XXI

Tomo 1

Camilo Valqui Cachi
José Gilberto Garza Grimaldo
Ángel Ascencio Romero
Jaime Salazar Adame
Cyntia Raquel Rudas Murga
(Coordinadores)



CAPITAL Y DERECHOS
DE LA NATURALEZA EN MÉXICO
Y NUESTRA AMÉRICA:
ESENCIA, COMPLEJIDAD
Y DIALÉCTICA EN EL SIGLO XXI

CAPITAL Y DERECHOS
DE LA NATURALEZA EN MÉXICO
Y NUESTRA AMÉRICA:
ESENCIA, COMPLEJIDAD
Y DIALÉCTICA EN EL SIGLO XXI

Camilo Valqui Cachi
José Gilberto Garza Grimaldo
Ángel Ascencio Romero
Jaime Salazar Adame
Cynthia Raquel Rudas Murga

(Coordinadores)

Tomo I





Primera edición: noviembre 2018

ISBN UAGRO: 978-607-9440-602

ISBN EÓN: 978-607-8559-65-7

- © Universidad Autónoma de Guerrero
Av. Javier Méndez Aponte núm. 1,
Col. Servidor Agrario, Chilpancingo,
Guerrero, C.P. 39070
- © Ediciones y Gráficos Eón, S.A. de C.V.
Av. México-Coyoacán núm. 421
Col. Xoco, Deleg. Benito Juárez
México, Ciudad de México, C.P. 03330
Tels.: 56 04 12 04, 56 88 91 12
<administracion@edicioneseon.com.mx>
<www.edicioneseon.com.mx>

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

UNIVERSIDADES Y CENTROS DE INVESTIGACIÓN NACIONALES E INTERNACIONALES PARTICIPANTES

Universidad Autónoma de Guerrero, México

Universidad Central Martha Abreu de las Villas, Cuba

Instituto de Investigación del Pensamiento Peruano y Latinoamericano (IIPPLA), Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Perú

Instituto Peruano de Investigación Jurídicas y Cibernética, Perú

FACULTADES DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE GUERRERO

Facultad de Filosofía y Letras

Programa Educativo de Filosofía

Programa Educativo de Historia

Programa Educativo de Sociología

Maestría en Humanidades (PNPC del Conacyt)

Facultad de Derecho

Maestría en Derecho (PNPC del Conacyt)

CUERPO ACADÉMICO-UAG

Cuerpo Académico Consolidado Problemas Sociales y Humanos

REDES ACADÉMICAS INTERNACIONALES

- Instituto Peruano de Investigación Jurídica y Cibernética, Perú
- Grupo de Investigadores del Departamento de Filosofía de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Central Martha Abreu de las Villas, Cuba
- Instituto de Investigación del Pensamiento Peruano y Latinoamericano (IIPPLA), Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Perú
- Cátedra Internacional Carlos Marx, México-Perú-Cuba

ASOCIACIONES CIVILES

Inter-Cambio Social, A.C.

ÍNDICE

Prólogo.....	13
<i>José Ramón Fabelo Corzo</i>	
Introducción	37
Capítulo I	
Escuchando las voces de la Madre Tierra.....	47
<i>Coyote Alberto Ruz Buenfil</i>	
Capítulo II	
Nuestra América y la filosofía de la Madre Naturaleza: Esencia y complejidad de su dialéctica en el siglo XXI.....	89
<i>Camilo Valqui Cachi</i>	
Capítulo III	
Los Derechos de la Naturaleza como puerta de entrada a otro mundo posible.....	135
<i>Esperanza Martínez y Alberto Acosta</i>	
Capítulo IV	
El Sumak Kawsay o “Buen Vivir” en el Ecuador del siglo XXI: ¿Una alternativa crítica sobre los derechos de la naturaleza?	173
<i>Edgardo Romero Fernández y Lidia Cano Obregón</i>	

Capítulo V	
Una nueva forma de relacionarnos con la naturaleza.	229
<i>Zyanya Ocaña Salgado</i>	
Capítulo VI	
Pensar los derechos de la naturaleza y de la humanidad desde la epistemología de la conciencia histórica.....	239
<i>Ignacio Eulogio Claudio</i>	
Capítulo VII	
Conciencia de unidad y medio ambiente.....	269
<i>Juventina Salgado Román</i>	
Capítulo VIII	
El derecho a la ciudad, los derechos de la naturaleza y los derechos de los animales en la Constitución de la Ciudad de México.	283
<i>José Gilberto Garza Grimaldo</i>	
Capítulo IX	
Una verdad instintiva	309
<i>Gretel Monserat</i>	
Capítulo X	
Los derechos de la naturaleza y la humanidad desde la perspectiva de las ciencias y las humanidades en el siglo XXI.	317
<i>Ángel Ascencio Romero</i>	
Capítulo XI	
Los derechos humanos y la filosofía inca.....	327
<i>Cyntia Raquel Rudas Murga</i>	
Capítulo XII	
Epicuro y Lucrecio en <i>De rerum natura</i>	339
<i>Wblester Iturralde Suárez</i>	

Capítulo XIII	
Hacia una nueva sociedad, democrática, humana y ecológica.....	355
<i>María Antonieta Julián Pérez</i>	
Capítulo XIV	
La minería guerrerense, riqueza y desencanto.....	369
<i>Jaime Salazar Adame</i>	
Capítulo XV	
Acumulación por desposesión en tiempos de posconflicto: El caso del acuerdo de paz entre Colombia y la guerrilla de las FARC-EP.....	393
<i>Mario Andrés Hurtado Cardozo</i>	
Capítulo XVI	
La crisis del agua en desarrollos urbanos, Chilpancingo, México.....	407
<i>Víctor Manuel Arcos Vélez</i>	
Capítulo XVII	
Derechos de la naturaleza a través de la literatura didáctica en <i>La Navidad en las montañas</i> de Ignacio Manuel Altamirano.....	421
<i>Silvia Guadalupe Alarcón Sánchez</i>	
Sobre los autores	431

CAPÍTULO VII

CONCIENCIA DE UNIDAD Y MEDIO AMBIENTE

Juventina Salgado Román

Desde la perspectiva del psicoanálisis de Erick From (2009), la conciencia en su precario desarrollo, hasta ahora, expresa al individuo en relación con sus circunstancias sociales, mientras que el campo del inconsciente lo representa como totalidad, como parte del cosmos (Wilber, 2003: 10), entendido en el sentido más abarcador de todos los campos que los griegos ya consideraban, a saber: el físico, mental, emocional y espiritual; asimismo, supone la sabiduría de la esencia que comparte con los animales, las plantas y todo el medio ambiente.

El inconsciente es todo el campo que el ser humano tiene el desafío de hacer consciente. Por eso, a medida que evoluciona la conciencia, su campo se expande y los contenidos del inconsciente salen a la luz. Erich From (2009) señala que no hay algo que se pueda llamar “consciente” o “inconsciente, pero que lo que sí existe son grados de conciencia-conocimiento y de inconciencia-desconocimiento. Hacerse consciente de algo que antes se desconocía significa ampliar y contactar con otras realidades.

El proceso de hacerse consciente supone un conjunto de experiencias cada vez más amplias y profundas que trascienden el conocimiento teórico intelectual, dejando atrás la idea de que



el individuo se conoce como un objeto, separado y disociado, porque la conciencia integradora va más allá del pensamiento racionalista y dualista occidental. El ser humano se hace consciente de la realidad trascendente que él mismo es, no como algo que está en el mundo de afuera; lo que hay en el entorno deja de ser algo diferente y separado, pues a nivel más profundo somos la misma esencia, no hay otro allá afuera; en todo caso, ese otro soy Yo. Esta conciencia implica entrar en contacto con toda la humanidad y con todas las formas de vida, incluso con lo inanimado, porque en sentido trascendental y perenne todo es vida en tanto que vibra, y de ese modo nadie es otro. Concordantemente, la conciencia de unidad es tan abarcadora que implica a todo el medio ambiente.

La consciencia en el nivel del egocentrismo es como estar en la caverna de Platón, ver las sombras y confundirlas con la sustancia, pero a medida que el Hombre se hace consciente, conoce la verdad, sabe que las sombras no son la sustancia; así, al despertar abandona la caverna y sale a la luz. Este proceso de conocimiento no es del tipo reduccionista de la ciencia moderna, no es intelectual; el Yo no se conoce como algo material, sino como lo trascendente, cuya naturaleza es sutil. En el nivel más elevado, la conciencia de unidad trasciende a la misma razón, puesto que ésta va más allá del dualismo; el individuo desaparece de algún modo, se olvida de sí mismo en tanto que es el Todo, tal como la gota de agua que pertenece al mar. El intelecto no funciona para explicar estos estados de conciencia, pues no se pueden comprender lógicamente o a través del análisis, así que racionalmente son inexplicables, aun con las mentes más brillantes. La razón es importante sólo como herramienta, para realizar actividades de la vida diaria o de otro campo de conocimiento, pero no para razonar los espacios sutiles de la conciencia.

Hay un nivel de conciencia en el que todavía encontramos cierta disociación entre lo que somos y lo que no somos; en este punto, nos identificamos con el Testigo que observa, pero sabe que no es lo que observa. Según la propuesta de Wilber, nos encontramos en el nivel del alma, todavía no en el Espíritu, y por eso es que

podiera parecer paradójico que hablemos del Testigo que sabe que no es lo que siente, piensa, observa ni lo que ve afuera, sino mucho más que eso; es el observador silencioso que reconoce la existencia de cosas, sucesos, emociones, pero que él no es eso. Por otra parte, hablamos de la conciencia de unidad en donde desaparece todo tipo de fronteras.

Recordemos que se trata de dos niveles de conciencia: el alma y el espíritu, por tanto, son también dos niveles de identificación más abarcadora; el segundo es más trascendente e inclusivo que el del alma, pues como dice Viktor E. Frankl: “Por definición, una dimensión más alta es a su vez más inclusiva. La dimensión menor queda incluida dentro de la mayor; está integrada y queda abarcada por ella...” (1999: 23). Así es como se resuelve la aparente paradoja del observador que no se reconoce en lo observado y del observador que se sabe lo mismo que lo observado. La conciencia de unidad supone percatarnos de que nuestro verdadero Ser es omnipresente, omnisciente y omnipotente; es la totalidad del Universo que se despliega en diversas formas y experiencias porque no está fragmentado o disociado, es nuestra percepción la que hace que así parezca.

Es en el nivel del alma y el Espíritu, los niveles más altos de conciencia, donde comienza a desaparecer toda dualidad: yo y el otro, yo y el mundo de allá afuera; en este segundo y más alto nivel, desaparece toda moral y todo valor. Según la Filosofía Perenne, éste es el nivel más elevado de la conciencia al que todo mundo internamente aspira llegar, donde se realiza la identidad con la Realidad Esencial. A través de la trascendencia de los niveles inferiores que conduce a la evolución, se accede al más superior que todo lo abarca, el proceso que va desde la materia hasta el Espíritu. Este último nivel de conciencia supone comunión e integración, donde el medio ambiente, ecosistemas y las diferentes formas de vida desaparecen como elementos separados para comprenderse en un Todo vibrante e interconectado.

Así que, en un nivel profundo, ni siquiera entre el observador y lo observado hay separación, pues son lo mismo y Uno, el que observa, está experimentándose en lo observado. Los pensa-



mientos vienen y van, pero hay algo que se percata de ellos, por lo tanto no soy mis pensamientos, soy ese que los observa, el Testigo silencioso, la conciencia pura que se da cuenta de todo sin ser afectada. Ken Wilber, en relación con los pensamientos, dice: “[...] todos ellos vienen y van, pero tú eres el inmenso, libre, vacío y abierto Testigo que los contempla sin verse afectado por sus tormentas y torturas” (2006: 25). Esta es la esencia que compartimos con todos y con Todo, que emerge de ese vacío, de esa causa sin forma, pero que se experimenta de diferentes maneras y formas; eso somos, la vacuidad que todo lo crea, una y otra vez, haciéndose y deshaciéndose, experimentándose, recreándose y perfeccionándose.

Wilber señala que en el nivel del Testigo que observa, sin ser lo que observa, sólo hemos llegado a la mitad del camino en cuanto a conciencia. Sin embargo, hay un punto en el que se es Uno con lo que se ve. Cuando somos plenamente conscientes de todo lo que aparece, se diluye la frontera entre el que observa y lo observado, se es Uno con Todo, ya no se ve al otro, se es el otro; ya no se ve a la cosa, se es la cosa; no se ve al sol, se es el sol; no se observan los montes, somos los montes; no se observan los ríos, somos los ríos; no se observa la alegría, somos la alegría; no se observan las estrellas, se es las estrellas y Uno con Todo. A esta experiencia Ken Wilber (2006) le llama ser un solo sabor.

Sin embargo, con el paradigma materialista y reduccionista, nos identificamos con la materia y, por ende, con el cuerpo; nos asumimos como si eso fuéramos. Cuando fallece un ser querido, sufrimos porque lo identificamos con su cuerpo y no con el Espíritu; sin embargo, “¿cómo podría echar de menos una cosa que forma parte de mi misma?” (Castaneda, 1999: 235). Eso que esencialmente somos es invulnerable, indestructible, perenne; independientemente de lo que le suceda al cuerpo, a eso que somos no le sucede nada. Los deseos, las emociones y los pensamientos que tenemos son percepciones e interpretaciones de nuestro entorno, pero nosotros somos mucho más que eso, somos el Testigo que observa y puede observarse a sí mismo, el

universo que se experimenta a sí mismo a través de las experiencias humanas. Wilber dice:

En la conciencia de unidad, hasta el mismo testigo transpersonal acaba disolviéndose en lo atestiguado. Pero antes de que tal cosa pueda ocurrir, es necesario descubrir el testigo transpersonal, que entonces actúa como una especie de “trampolín” que facilita el salto a la conciencia de unidad. Y sólo es posible acceder a ese testigo transpersonal desidentificándonos y, de ese modo, trascendiendo todos los objetos concretos, ya sean mentales, emocionales o físicos (2006: 29).

Cuando se alcanza la conciencia de que uno es parte del Todo y nos identificamos con eso, como lo señala Ken Wilber (2003), experimentamos una conciencia sin fronteras. Los límites se diluyen y desaparecen, se es lo mismo que el Kosmos; ser Uno y lo mismo en ese fluir constante del universo supone conciencia plena, presencia plena en el río de la vida. Las cualidades de esta conciencia son la inmortalidad: no nace ni muere, siempre ha sido, es y será; la ilimitación: sin fronteras, un campo de infinitas posibilidades que abarca todo y que, por tanto, es integrador y autorreferente y por eso también autosuficiente, no determinado por ninguna otra realidad que no sea él mismo, como el último y más elevado.

De manera que el que observa es el Testigo puro que no cambia, que siempre ha sido, es y será; el inmutable, omnisciente y omnipresente, invisible a los ojos físicos, pues no es un objeto material. Las cosas aparecen y desaparecen en la conciencia, vienen y van una y otra vez, pero el Testigo siempre es lo mismo, no aparece y desaparece con el tiempo. Como no es una forma física con una localización geográfica que se manifieste sólo en algún tiempo, suceda lo que suceda en el mundo material, a Él nada lo afecta. Eso somos, no un cuerpo que nace y muere ni objetos que están en el mundo, ni emociones ni pensamientos; el Testigo siempre es y está presente en todos los estados de la conciencia que observa todo y que no tiene forma, la vacuidad de donde todo emerge.



Cuando nos convertimos en el Testigo, en el Yo sin forma, no estamos en el cuerpo, sino que el cuerpo está en nuestra conciencia; cuando somos conscientes de ese algo, es porque no somos ese algo. Si estoy consciente de mis pensamientos, es porque no soy mis pensamientos; o de mis emociones, igual es porque no soy mis emociones, sino el Yo que observa, la conciencia que todo lo contiene. Así es como no estamos en el mundo, el mundo está en nosotros. Recordemos que en este nivel somos el Testigo que observa, pero no es lo que observa; es decir, en términos de conciencia, estamos en el del alma.

El condicionamiento de la ciencia moderna nos ha sugerido la idea de que la conciencia está en algún lugar de nuestro cuerpo y que éste a su vez está en algún lugar del universo; por tanto, nos concebimos en el mundo. Pero desde la perspectiva del Ser, sabemos que estamos viviendo experiencias humanas, como la vacuidad que todo lo crea, expresándose a través de distintas formas, el Universo experimentándose una y otra vez, haciéndose, perfeccionándose, evolucionando. “Yo soy el Testigo puro en el que ahora mismo emerge mi cuerpo. Yo no estoy en mi cuerpo, sino que mi cuerpo está en mi conciencia. Yo soy, por consiguiente, conciencia” (Wilber, 2006: 53).

Como conciencia pura, somos toda la humanidad, estamos interconectados con todas las formas de vida y, en consecuencia, con todo lo que constituye el medio ambiente; somos el Ser del mundo. Por eso, a medida que despertamos, elevamos el nivel de conciencia, amamos y nos condolemos del dolor de los demás, del maltrato a otras especies, sufrimos junto con los otros. Somos esa Realidad Esencial que está en todo, eso que nos hace ser conscientes de todas las cosas, de todas las emociones, los pensamientos; el observador que se percata de su entorno pero que es mucho más que su entorno y que se da cuenta de que no es eso. El Testigo que todo lo ve a través de mis ojos, de los tuyos y de los demás; el observador que no se inmuta por nada porque se sabe indestructible. Somos la Realidad Esencial de todas las cosas, de todas las vidas y las mentes, lo único y más real.

Alcanzar esta conciencia supone ir desde la egocéntrica hasta la cosmocéntrica, así es como se puede entender por qué la moral y los valores desaparecen una vez llegados a este punto. La experiencia humana es la que los crea, no la espiritual, pues ahí desaparece todo juicio, Wilber dice: “El Espíritu ama todo lo que emerge tal cual es y lo mismo sucede con el Testigo. El testigo ama el ego, porque el Testigo es la mente-espejo ecuánime que refleja y abraza con la misma aceptación todo cuanto aparece” (2006: 46).

Equivocadamente, creemos que somos seres humanos y que de vez en cuando vivimos experiencias espirituales; nos percibimos aislados del entorno y pensamos que nada tenemos que ver con ese mundo de “allá afuera”. Ésta es una visión fragmentada y materialista que nos hace mucho daño y que actúa en perjuicio de quienes suponemos “ajenos” a nosotros, ignorancia desde la cual actuamos. Nos encontramos todavía en un nivel de conciencia fundamentalmente egocéntrica que privilegia el egoísmo y el individualismo, renegando incluso de nuestra propia naturaleza divina.

Hace mucho que hemos olvidado quiénes somos y hoy vivimos crisis de percepción, pues la que tenemos está distorsionada, supone un mundo fragmentado en lugar de conectado, inerte en vez de vivo y dinámico. Así que padecemos crisis de ignorancia porque el problema más grave de nuestra época es el autodesconocimiento: no negamos al otro, nos negamos nosotros mismos. Cuando me percate de que soy el Todo, que soy una chispa de luz de toda la inmensidad, comprenderé que Yo, el Universo, decidí experimentarme en cualquiera de las diferentes formas que adopte en este plano de realidad. Por tanto, reconocernos implica reencontrar nuestro origen, lo cual sólo es posible a través de la evolución de conciencia que nos permita percatarnos y asentarnos en el Testigo. Sin embargo, ser el Testigo que observa no es estar ya en casa, es apenas el camino. Wilber dice:

Sólo desde el Testigo puedes, por así decirlo, saltar al espíritu, pero llegado el momento, hasta el mismo Testigo debe disolverse o morir.



Y es que, para poder alcanzar tu identidad suprema con el Espíritu, tu alma debe ser sacrificada, liberada y abandonada y debe morir. En última instancia, el alma no es más que la última contracción de la conciencia, el nudo más sutil que constriñe al Espíritu universal, la última y más sutil forma de sensación de identidad separada. Y ese nudo final también debe ser desatado. Ésa es, por así decirlo, la última muerte. Primero muere el yo material –es decir, nos desidentificamos de él–, luego muere la identidad exclusiva con el yo corporal, luego sucede lo mismo con el yo mental y finalmente con el alma. Esto último es lo que el zen denomina la Gran Muerte (2006: 51).

La Filosofía Perenne sostiene que los seres humanos evolucionamos, trascendiendo desde la materia, el cuerpo, la mente, el alma, hasta llegar al Espíritu, ahí donde se es Uno con la Realidad Esencial. Este recorrido supone una jerarquía en la que se va desde una conciencia inferior a una más elevada. Para esta filosofía, la Gran Cadena del Ser es una de sus nociones fundamentales, pues la realidad no es unidimensional, sino multidimensional y continua. Cada ascenso en la jerarquía significa que crece la unidad y que la identidad es más amplia, desde la identificación con el cuerpo hasta la identificación con la Esencia Suprema, es decir, con el Espíritu. Cada nivel superior incluye y trasciende, por eso es más abarcador; por ejemplo, un árbol incluye a las ramas y a las hojas, pero las hojas no contienen a las ramas y al árbol.

Los niveles superiores pueden influir en los más bajos, pues la totalidad superior es más elevada e incluyente que los inferiores. Sin embargo, su influencia puede ser positiva o negativa; cuando los controlan, oprimen, subordinan y reprimen, o sea, cuando abusan de su poder, se tornan patológicos. Un nivel superior contiene más elementos, los suyos y además los del anterior; como es más inclusivo, se aproxima más al Espíritu, porque éste es el máximo nivel de evolución y, por tanto, se encuentra presente también en cada uno de los niveles inferiores, pues es la esencia de todo lo que existe.

El Espíritu es lo más trascendente e inmanente que se encuentra en Todo; suceda lo que suceda, éste siempre permanece inmutable e invulnerable. De manera que nada en el Universo se halla más cerca o más lejos del Espíritu, se encuentra en cualquier cosa o fenómeno. El Espíritu es la máxima aspiración y, al mismo tiempo, es el punto de partida o fundamento del proceso de evolución. En el orden de la jerarquía, el alma es el último nivel que se tiene que trascender para llegar al máximo peldaño, es decir, al Espíritu, a la plena y total identificación con lo que somos, ya no más identidades con lo que no somos. La novedad esperanzadora es que el proceso ha comenzado: el Yo está empezando a despertar, a percatarse de que no está separado de nada de lo visible ni de lo invisible de este vasto universo.

De acuerdo con Viktor E. Frankl (1999), el Espíritu es inconsciente no sólo en su origen o en lo más profundo de él, también lo es en todo lo que incluye. Prácticamente, el que decide si algo es consciente o inconsciente en sí mismo es inconsciente; aunque parezca paradójico, ese que decide qué va a ser consciente o inconsciente en sí mismo es inconsciente, lo que supone que a nivel profundo de conciencia suceden las decisiones y elecciones para experimentarse como individuo que olvida su propia esencia y, por tanto, su unidad. Desde la psicología, pero también desde la filosofía, como fenómenos espirituales son inconscientes; el que conoce, no se conoce a sí mismo. Sin embargo, es justamente cuando la conciencia logra niveles más profundos e inconscientes que suceden las más auténticas decisiones.

Mientras esta conciencia se despliega, no puede ser explicada en términos racionales, porque más que racional y consciente es intuitiva. Así es como encuentra sus raíces en lo irracional, por eso es que lo ético y lo estético encuentran sus fundamentos en el espíritu inconsciente. “En conclusión, allí donde el sí mismo espiritual conecta con sus profundidades inconscientes, es donde se dan lugar fenómenos como la conciencia, el amor y el arte” (Frankl: 1999: 56). Carlos Castaneda (1999) señala que para Don Juan el núcleo de nuestro Ser era el acto de percibir, y lo maravi-



lloso es que nuestro Ser puede tomar conciencia, de manera que percepción y conciencia conformaban una unidad inseparable. Si bien puede darse la reflexión de una experiencia profunda de conciencia, sólo puede suceder después de ésta.

Cada vez que se trasciende, el Espíritu se está desplegando ante sí mismo, y cada nuevo nivel engloba a su propio Ser. El desarrollo evolutivo siempre está en proceso hacia la conciencia no dual. La evolución es trascendencia e inmanencia, el Kosmos se trasciende y se renueva continuamente, trasciende sus propias creaciones, experimentándose a través de sus formas una y otra vez. Cuando entramos al fondo del Yo transpersonal, éste da paso al Yo universal, que es todo lo manifestado y lo no manifestado. Esta Realidad Esencial y última está presente en todo, no hay lugar donde no se encuentre. Así el Universo entero se ha vuelto el último Ello, pero también puede tornarse en Yo, al punto de que el Ello y el Yo desaparecen. Al respecto, Wilber menciona: “Pero a lo largo del proceso el yo deberá comenzar desidentificándose, diferenciándose, ‘renunciando’ o trascendiendo esa estructura para terminar identificándose posteriormente con el siguiente estadio superior al tiempo que integra la estructura previa en la nueva organización” (2001: 152).

Justamente en el vacío es donde se encuentra la liberación, porque es ahí donde se es Uno con el Universo, desde donde se abraza y se trasciende toda forma. El mundo material y “sólido” es impermanente; lo único real es el vacío, el Brahman que se manifiesta en lo visible y tangible. En este nivel del Espíritu ya no se es totalidad/parte, se es el infinito y el Kosmos mismo, unidad que se encuentra en todas las formas. Esta es la verdad más elevada, es la totalidad que todo lo abarca; ahí se es Uno y lo mismo, pues cada uno es el Todo. Ken Wilber dice que “La comprensión de Uno-en-los-muchos y de los-muchos-en-el-Uno es común a todas las escuelas no-duales tanto orientales como occidentales” (2006: 155).

Desde esta perspectiva, el medio ambiente no se encuentra fuera y separado de mí, soy todo y cada una de las partes que lo

componen. Me contiene y lo contengo, así como el mundo no está fuera de mí, sino en mi conciencia, como dice Krisnamurti: “usted es eso”, de manera que soy el mundo, soy las aves, los océanos, los montes y los ríos, soy tú, tu alegría, tu tristeza y tu esperanza; pese a mi olvido, Soy todo, somos todo, el mismo sabor como dice Wilber.

Hay algo en nuestra conciencia que sabe quiénes somos, que sólo hace falta despertar para saber que no hay que buscar lo que no se ha perdido. En un nivel más profundo, sabemos quiénes somos, siempre lo hemos sabido, porque somos justamente el que todo lo sabe, la inteligencia trascendente, omnisciente, omnipresente e inmutable. Paradójicamente, buscamos al menos perdido, al que todo lo conoce y se sabe en todo, al que se experimenta una y otra vez, al que se busca a sabiendas que es; ahí nos buscamos, sin saber que ya somos ese que busca, el cielo que truena porque va a llover, y ahí –parafraseando a Wilber– “soy la lluvia derramándose”.

Con la lógica del pensamiento dualista, pensamos que una vez iluminados o despiertos, nada tenemos que ver con lo profano; lo que suponemos inferior dada su naturaleza terrenal, como un nivel ya trascendido al que no hay que volver, pues ignoramos que el Espíritu está en todo, aún más, es el Todo, no como algo “allá afuera”, sino como lo que ya somos. Ahora mismo, estemos donde estemos, en todas las circunstancias, tendríamos que percatarnos de que somos lo mismo, Uno con Él. Lograr esta conciencia es el principal objetivo de las tradiciones místicas no duales.

En esa búsqueda interminable, suponemos que el Espíritu es algo que hay que alcanzar, ¿cómo alcanzaríamos el aliento? No podemos alcanzar lo que somos, ya somos el aliento, el mismo que compartimos con los demás y con el mismo Universo; es como querer aprehenderse a uno mismo, como elevarse a la montaña que ya se es, como correr tras uno mismo, ¿cómo te alcanzarías a ti mismo si, de acuerdo con el pensamiento budista, ya somos un solo Ser, una sola conciencia?

En el nivel de la consciencia omnipresente, somos la conciencia pura que está en todo, que se percata de sus pensamientos,



sentimientos, de los objetos que nos rodean, pero que sabe que no es eso, que no somos eso de lo que nos percatamos; somos el Testigo que observa, el inmutable, el que se da cuenta, el que es consciente de lo que observa. Soy el Testigo de mis pensamientos, pero no soy mis pensamientos; y si soy consciente de lo que observo, es porque no soy eso que observo. Entonces, ¿soy el que observa, la misma esencia de lo que soy, ese Testigo que es consciente de lo que es y lo que no es? “Según afirman las tradiciones, la conciencia testigo es el Espíritu, la mente iluminada, la naturaleza esencial del Buda, Dios mismo en su totalidad” (Wilber, 2001: 286).

Este Testigo o consciencia omnipresente es, en otras palabras, la Realidad Última. El mundo y lo que en él sucede puede ser visto; como el constante fluir de las formas que van y vienen, se hacen y deshacen, una y otra vez, podemos observarlas como partículas danzantes de una gran obra; eventos dolorosos, trágicos, alegres, felices, tristes, que vienen y se van, retornan en otra cosa y se transforman nuevamente una tras otra, son formas cambiantes. Pero el Testigo que las observa no cambia, ese que presencia la obra es siempre el mismo, el imperecedero, el perenne, el inmutable e invulnerable.

El Testigo no muere ni nace, no empieza ni termina, no viene y se va; el Testigo es el de siempre, el que está en todo, el que es Todo, consciencia pura no visible que se sabe y se experimenta a sí misma. Comprender esta Realidad Última con los conceptos tradicionales y con el ojo de la carne o de la razón no sólo es difícil, es prácticamente imposible porque no es materia, tangible, calculable, medible, sensorial; es justamente no materia, la vacuidad inmensurable e inmanente. Por eso buscarla indica que estamos perdidos, que no sabemos que somos el Testigo. Este que observa todo y está en todo es el Yo del Espíritu, el estado último de la consciencia.

Cuando somos el Testigo, nos abrimos a la posibilidad de desidentificarnos con lo que observamos, la posibilidad de libertad, de desapego con lo que no somos porque somos conscientes

de quiénes sí somos. Wilber lo dice así: “Donde anteriormente se hallaba su yo contraído, sólo queda una inmensa sensación de apertura y libertad. Como objeto, usted está encadenado; como testigo, en cambio es libre” (2001: 288).

El Testigo no tiene pasado ni futuro, es siempre ahora; no es inalcanzable, dice Wilber (2001), es más bien inevitable. Es literal, aunque parezca simple metáfora, es atemporal. Seamos o no conscientes, existe como eterno presente y esencialmente en todo, es el Todo, somos el Todo. Uno de los principales objetivos de las tradiciones místicas no duales es precisamente percatarnos de ese Testigo que ya somos, de que no hay necesidad de buscar lo que está más cerca de nosotros y de nuestra propia respiración. Llegado a ese punto, los pensamientos vienen y van, pero sabemos que no somos los pensamientos; aun los juicios que éstos supongan, los razonamientos, las interpretaciones y las conceptualizaciones, sabemos que no somos eso.

Sin embargo, en el nivel del Espíritu ya no hay separación entre el que observa y el observado, se es lo mismo. Así se puede entender la aparente paradoja de que no soy lo que observo, pero luego me torno en lo que observo. Conciencia pura, eso es lo que somos en el último nivel de evolución y trascendencia; en este plano ya no hay dualismos, somos el Universo experimentándose en diversas formas, el Universo desplegándose y replegándose en sí mismo. Somos Dios en acción, somos yo, nosotros, ellos; Todo, observándose, perfeccionándose y evolucionando en lo que ya es Perfecto. Por eso “La gran búsqueda es el principal enemigo del Espíritu omnipresente, la más violenta mentira ante el más amable infinito” (Wilber, 2001: 292). ¡Hermosa manera de decirlo! Buscamos al buscador sin percatarnos de ello, agrega Wilber. Así, perdidos estamos, aun sabiendo que no se puede perder lo que está en todo, lo que no está lejos ni cerca, sino aquí y allá, en el que observa y lo observado, en el que ve la luna y es la luna, en el juez y el juzgado. Porque “cuando llueve es usted mismo quien está derramándose” (Wilber, 2001: 293).



No se trata de convertirse en el Espíritu, sino de reconocer lo que ya se es, lo que siempre ha estado y ha sido inmutable, aun en ese experimentarse en formas diversas. Lo único real es el Espíritu, la realidad última es eso que tú y yo somos, aun sin ser conscientes. De eso nos daremos cuenta sólo cuando accedamos a una conciencia más elevada, no sólo transpersonal, sino fundamentalmente cosmocéntrica; entonces, podremos desplegar potencialidades trascendentes e insospechadas, seremos el sanador, el viento, el comensal y la comida; seremos Dios en acción, ilimitados, creando una y otra vez infinitas posibilidades de experimentarse a sí mismo.

Referencias

- Castaneda, C. (1999). *El segundo anillo de poder*. Sao Paulo: Top Emecé.
- Frankl, V. E. (1999). *El hombre en busca del sentido último. El análisis existencial y la conciencia espiritual del ser humano*. México: Paidós.
- Suzuki, D. T. y From, E. (2009). *Budismo zen y psicoanálisis*. México: FCE (decimoctava reimpresión).
- Wilber, K. (2006). *La pura conciencia de ser*. Barcelona: Kairós.
- Wilber, K. (2001). *El ojo del espíritu*. Barcelona: Kairós.
- Wilber, K. (2003). *La conciencia sin fronteras*. Barcelona: Kairós.
- Wilber, K. (2003). *Una teoría de todo*. Barcelona: Kairós